

NOTAS

REVISTA DE LIBROS

Recientemente han sido presentados en esta capital ocho títulos de la Biblioteca Popular Canaria que edita Taller de Ediciones JB pertenecientes a la Colección *Faloma Atlántica. Poesía*. Sus autores y respectivos títulos son: Núm. 1.—Agustín Millares: “Desde aquí”; núm. 2.—Manuel Padorno: “Coral Juan García”; núm. 3.—José María Millares: “Hago mía la luz”; núm. 4.—Eugenio Padorno: “Comedia”; núm. 5.—Pino Betancor: “Palabras para un año nuevo”; núm. 6.—Alfonso O’Shanahann: “Una canción, una patria”; núm. 7.—José Luis Pernas: “Renacimiento”; núm. 8.—José Caballero Millares: “Manifiesto”. Las portadas llevan dibujos de los siguientes artistas, por este orden: Tony Gallardo; Martín Chirino; Manuel Padorno; Rafael Monagas; Juan Luis Alzola; Juan José Gil; Leopoldo Emperador; Juan Hernández.

El mismo hecho de ser presentada la colección en bloque —ocho títulos a la vez— indica ya el carácter popular que se le pretende imprimir. Sacar la poesía a la calle, en formato de bolsillo (de 25 a 40 páginas) sin pretensiones, pero con una cuidada y esmerada edición con portada a todo color (predominio del azul, amarillo y blanco). Sacar la poesía a la calle supone la intención de que la gente vuelva a leer poesía. En estos momentos de ebullición y de profundos cambios sociales y democráticos, la poesía en Canarias quiere recuperar su puesto de vanguardia. Este puñado de poetas —algunos de los cuales han militado e incluso sido pioneros de la *poesía social*— renuncia de antemano a las esquisiteces exclusivas de una élite *culta*, lo cual no quiere decir ni descuidos formales ni prosaísmos. Pero sí

que el contenido siga llegando a las mayorías que cantaba Blas de Otero y que puestos en música se conviertan en canción, para que estas palomas atlánticas levanten vuelo abarcador, dentro y fuera de las islas.

Quizás esta primera salida haya sido excesivamente monocolor en la ideología e incluso con un cierto aire familiar, y algo desigual en calidad, probablemente debido a precipitaciones. Es de esperar en



las próximas sueltas una mayor amplitud en el espectro ideológico y mejora en la calidad y rigor del hecho poético —pues decir popular no es decir improvisación ni descenso de nivel, sino todo lo contrario. No obstante destacan la gran altura a que están muchos poemas —el infatigable Agustín Millares entre ellos— y sobre todo queremos resaltar el tremendo poema de Manuel Padorno “Coral Juan García el Corredera”, de gran fuerza lírica y dramá-

tica a la vez, que pronto habremos de ver formando parte del repertorio de la nueva canción canaria y al que en su momento oportuno prometemos dedicar un cumplido estudio.

Víctor Ramírez: "Cuentos sobardes". Taller de ediciones JB N.º 7 de la colección *BiblioteCan*. Madrid, 1977. 190 pp. Ed. de bolsillo.

En el mismo acto en que se presentó la colección *Paloma Atlántica. Poesía* lo fue este libro de narraciones breves de nuestro buen compañero y Maestro Nacional, que como de todos es apreciado y sabido, dedica los mejores esfuerzos y años de su vida a potenciar la auténtica cultura canaria a nivel de la enseñanza elemental, que en realidad es por donde hay que empezar. De los cuentos —así los llama el autor, otorgándoles el adjetivo de *cobardes* como él mismo dijo, porque considera una cobardía el cambiar la realidad por la ficción. Pero Víctor Ramírez no hace esto. V. R. parte de una realidad —la vida cotidiana de los marginados de las islas, de todo el mundo— para arribar a otra no menos trascendente —la lingüística— en que esa realidad se siente y se padece.

De los cuentos que contiene el libro, dos conocíamos ya: "La esperanza hecha piedra" y "Cada cual arrastra su sombra". El resto, hasta diez que componen el total, nos eran desconocidos. O mejor parcialmente desconocidos. Porque sabíamos mucho de ese decir —que es lo mismo que ese ser— de V. R. Pero no nos engañemos. V. R. no escribe como habla ni cómo es. V. R. adopta el punto de vista —la tercera persona— de los demás. Y los suelta a hablar a ellos solitos. De toda la *verborrea* a que ha dado lugar el injerto indiscriminado y seguidista del lenguaje —rico en la otra orilla— del boom hispanoamericano, en nuestro particular *boom* para andar por casa de la narrativa canaria —a nuestro juicio— uno de los po-

cos que se salva —por ahora al menos— es este insobornable V. R.

Porque sencillamente ha atinado en distinguir lo que es un hecho de la Lengua, el habla, de la pura retórica. Porque el habla es consustancial a un pueblo y no se inventa ni se improvisa. Y el arte de narrar —para V. R.— es el arte de poner el oído a la conversación y el destino del hombre de la calle. Y también penetrar sabiamente por los entresijos de la técnica del arte de contar que nos viene —más atrás de Homero— de los mitos transmitidos de boca en boca, de generación en generación. Desearíamos —no obstante— que Víctor Ramírez hiciera el esfuerzo de ensayar un relato largo, porque —opinamos— reúne prometedoras condiciones de gran novelista.

Tomás Morales "Las rosas de Hércules" N.º 11. Col. *Insulae poetarum*. Barral editores. Barcelona, 1977. 268 pp.

Continuamos estando de enhorabuena con esto de la resurrección de nuestros "clásicos" (porque así hay que empezar a ir considerando para Canarias a los fundadores de nuestra literatura autónoma en la época moderna). En esta ocasión se trata de la edición de "Las rosas de Hércules" de Tomás Morales, a cargo de Carlos Barral, prestigioso editor y poeta. No obstante, hacemos notar que como libro de bolsillo resulta de elevado precio, y dentro de la colección donde han aparecido hasta ahora importantes autores como Lezama Lima, Ernesto Cardenal, Gil de Biedma, Ángel González, y otros, viene en formato menor 12x19 en lugar del habitual.

El texto es reedición de la realizada por Imprenta Lezcano en 1956. En el prólogo del editor se justifica esta anomalía (lo consideramos así porque lo justo y correcto hubiera sido —si no una edición crítica, tarea de mayor envergadura que sigue pendiente—, sí una revisión del texto y ordenación de poemas directamente de

los dos libros publicados: *Poemas de la gloria, del amor y del mar* (1908) y *Las rosas de Hércules* (1922).

No es esta breve reseña lugar para señalar los defectos —aunque sí hemos apreciado algunas importantes erratas— ni hacer un cotejo. Bástenos decir por hoy, que de todos modos la edición ha sido bien acogida entre los muchos y entusiastas admiradores de su gran e innovadora poesía que todavía sobreviven. Lástima que esta ocasión fuera desaprovechada para insertar como prólogo el concienzudo estudio que la modernidad del mensaje de Tomás Morales se merece.

JOSE LUIS GALLARDO



Félix Casanova de Ayala: Resumen de una experiencia poética. Aula de Cultura del Excmo. Cabildo Insular de Tenerife.

La personalidad literaria de Félix Casanova de Ayala es bien conocida en el terreno de la creación poética, con casi una docena de libros publicados y asiduas cola-

boraciones en revistas nacionales y extranjeras. En cambio, su faceta de articulista, orientada hacia la crítica literaria y en especial de la poesía, ha quedado limitada a periódicos y revistas, y por tanto dispersa. En el libro que ahora publica el Aula de Cultura del Excmo. Cabildo Insular de Tenerife se recoge y ordena esta actividad del escritor en un conjunto coherente y abarcador de un amplio panorama de nuestra lírica posbélica, extendido al último Marruecos español y con máxima atención a la poesía del archipiélago canario. Una serie de datos y anécdotas inéditas hasta ahora matizan estas páginas, dándoles ese tono cordial de lo vivido y recordado.

Especial interés revisten los ensayos agrupados en la sección segunda del libro que trazan un cabal panorama de nuestra lírica canaria en los últimos cuarenta años. El extenso índice de nombres que figura al final del volumen pone de manifiesto la amplitud de esta panorámica, que aproxima al lector hacia uno de los períodos más ricos e interesantes de nuestra historia literaria.

EXPOSICIONES

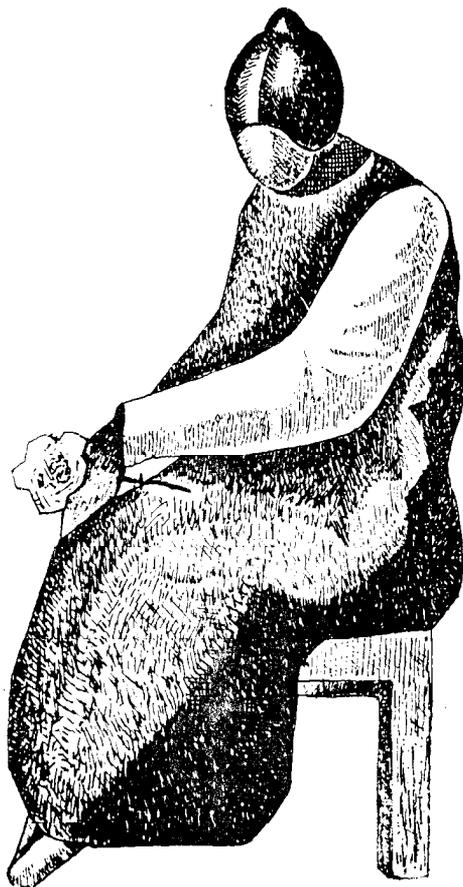
(resumen de la temporada 1976-1977)

La temporada artística anterior se caracterizó, en Canarias, por el número elevado de exposiciones que se organizaron y por la escasa calidad de las mismas. La temporada presente, ya concluida, ha tenido como tónica una calidad pareja a la pasada, con el agravante de que las exposiciones realizadas han sido bastante menos. Indudablemente, el hecho de mayor resonancia fue la inauguración del Museo de Arte Contemporáneo, instalado en el Castillo de San José, en Arrecife de Lanzarote. Allí se reunieron obras de algunos de los más cualificados artistas de fama internacional, entre los que no faltaron Bacon y Picasso. Estuvieron ausente muchos artistas canarios de

cierto renombre —Domínguez Millares— y otros de menos fama pero igualmente buenos: Guillermo, Antonio Padrón. En cambio, se expusieron algunas obras de artistas de andar por casa que, imagino, harían las delicias de los muchos críticos, marchans, etc. que acudieron invitados a la inauguración. El artífice del Museo fue César Manrique, con la colaboración, como alguien se encargó de recordar, de cierta Secretaría de no sé qué Movimiento. Al margen de anécdotas, la labor de Manrique exige nuestro reconocimiento; y también nuestro estímulo para que lo empezado continúe, con mejor pie, si cabe, y permanezca, con algún menor personalismo a la hora de las selecciones, exclusiones y admisiones.

Otras exposiciones considerables fueron la de Martín Chirino en la Casa de Colón y la de Cristino de Vera y Antonio Padrón en el Museo Municipal de Santa Cruz de Tenerife. La primera fue organizada con ocasión de la "entente cordiale" establecida entre el artista y algunos grupos de intelectuales canarios; Chirino no exponía en Las Palmas desde hacía por lo menos veinte años. Sus *Afrocancs* suscitaron una polémica de mediano interés en cuanto a su propósito clarificador. La obra de Chirino, afortunadamente, excede a detractores y defensores. La muestra de Cristino, pintor que expusiera en Las Palmas por vez primera el año pasado, tuvo también un pretexto anecdótico: la concesión del premio "Museo" instituido por el id. Municipal de Santa Cruz a una monografía sobre el pintor. Para rubricar la entrega del premio nada mejor que la presencia de las obras del artista en el acto. Se exhibieron veinte cuadros, ejecutados entre 1974 y 1976. Algo más numerosa (casi cuarenta pinturas y dibujos) fue la muestra de Antonio Padrón. La obra de este gran pintor canario era casi desconocida en Tenerife: allí sólo se había realizado una pequeña exposición suya (12 pinturas y dibujos) en 1971, en el Círculo de Bellas Artes. Del impacto que causó esta segunda muestra es un testimonio elocuente el artículo que Pedro González consagró a Padrón, cuyo texto ofrecemos en otro lu-

gar de esta revista. Tal artículo no es sólo significativo por lo que dice, sino también por quién lo dice. Aclara, para algunos recalcitrantes, el valor universal que subyace en la pintura de Antonio Padrón, y que esos "algunos" se niegan sistemáticamente a ver. Partiendo de González, un artista situado en la más responsable vanguardia estética, ese reconocimiento posee una validez incontestable.



En esta temporada, los pintores jóvenes se han mostrado poco propicios a la confrontación pública de su trabajo. Sólo dos excepciones: Martín Bethencourt (Museo Municipal de Santa Cruz) y Rubén Darío Velázquez (Galería Vegueta); ambos artistas continúan dando un ejemplo magnífico de capacidad de trabajo y de avance

hacia un tipo de pintura absolutamente personal, desligada de seudovanguardias, e insertas, por ello mismo, en un proceso de rabiosa honestidad personal investigadora.

Las galerías comerciales tampoco han dado durante el año mucho de provecho: en Santa Cruz, porque no existen, y en Las Palmas porque no parecen saber de qué va la cosa. Despistadas con respecto a la línea a seguir —después de una exposición más o menos novedosa en cuanto a la vigencia del arte enseñado ofrecen otra de cuadritos de paisajes de almíbar— parecen atender sólo a la fluctuación de un negocio que no acaba de cuajar. La falta de profesionalismo es evidente, aunque este es un mal a nivel nacional, y no exclusivo de las islas. De las exposiciones montadas por

estas galerías destaquemos la colectiva “Guadalimar” de arte canario.

Los intereses desatados en torno a ésta fueron bastante numerosos: se llegó incluso al chantaje y a la manipulación política, lo que provocó la retirada de al menos uno de los miembros que en principio había aceptado formar parte de un “comité” de selección de los artistas participantes. Un asunto evidentemente desgraciado el de esta colectiva. Fue organizada por “Balos”, con la colaboración de la Casa de Colón.

Otra colectiva —bajo el rótulo “Vigencia del arte canario”— sirvió para realzar la inauguración de una entidad bancaria en Las Palmas. Pasó sin pena ni gloria. Como toda la temporada, realmente.

L. S.